

En 1907 publica Edith Wharton *The house of mirth* (*La casa de la alegría*), una novela que la hizo famosa, a pesar de la indiferencia de los suyos. En este libro, Edith Wharton trabaja sobre un material que conoce muy bien: la sociedad de millonarios neoyorkinos en que ha nacido.

«La casa de la alegría» es una de esas mansiones señoriales de la Quinta Avenida, se supone que la casa de los Astor, donde se reúnen los «happy few», que ascienden al número de cuatrocientos, precisamente porque en la sala de baile sólo hay espacio para cuatrocientas sillas.

Este círculo mágico que admite a los escogidos y los eleva sobre el resto de la sociedad neoyorkina, que permanece al margen, es objeto de adoración y de reverencia. Luego ya veremos que el esplendor aparente de los cuatrocientos es puro aburrimiento.

La protagonista, Lily Brat, pertenece a este mundo en el que se siente aprisionada como un pajarillo en una jaula dorada, pero del que no puede evadirse porque apenas podría volar lejos. El conflicto reside en este deseo que tiene de escapar la protagonista y la incapacidad de hacerlo, cuando tiene que decidir entre casarse con uno de su clase y seguir teniendo dinero que la salve de la ruina o casarse por amor y pasar a otro círculo social.

Maniatada por los convencionalismos, la protagonista, niña mimada de una sociedad limitadísima, acaba siendo víctima de su ambiente, y termina suicidándose. El titubeo, la vacilación, la han perdido; pues si por un momento tuvo el valor de desviarse de esa sociedad a la que pertenecía, cuando intentó volver a ella vio que era más difícil de lo que había imaginado.

La protagonista no ha sabido decidir a tiempo entre la libertad individual o la elevada posición social a la que debe ajustarse su personalidad con ciega obediencia, en sujeción de grupo. Ya veremos que éste será el conflicto principal de otras novelas de Edith Wharton.

¿Hasta qué punto puede la sociedad aprisionar a los individuos y hacerlos prisioneros de sus esquemas, hasta conseguir que lo individual se sacrifique a lo colectivo? ¿Hasta qué punto puede el ser humano liberarse de la disciplina rígida de un código social establecido?

Más de una vez, fatalmente, veremos cómo los protagonistas sucumben a las circunstancias y acaban anulándose individualmente; así en *La costumbre del país* donde Undine fracasa al intentar penetrar en el círculo de los elegidos y en *La edad de la inocencia*, en que Newland, el protagonista masculino, sacrifica su felicidad para conservar su posición en el mandarinato neoyorquino.

Respecto a *La casa de la alegría* la misma Edith Wharton dijo que esta obra estudia cómo una sociedad frívola puede adquirir un significado dramático por la sola consideración de todo lo que la frivolidad destruye, y cómo la fuerza trágica reside en el poder de envilecer y rebajar a los individuos y a los ideales.

Esta es la acusación que Edith Wharton, con pluma admonitoria, hace a su grupo, a esa sociedad millonaria, sin cultura y sin espíritu. Y mientras critica duramente y satiriza, señala como un ideal posible una sociedad distinguida, pero espiritualizada, que ella misma ha encontrado en el grupo de los literatos y artistas amigos, que

también tienen maneras y modales (en el más profundo sentido de una inteligencia de la vida).

En cierta ocasión dijo Edith Wharton: «Nada hay que merezca más la pena de ser ridiculizado que la pretensión de riqueza o nacimiento cuando no van respaldadas por los valores de carácter, inteligencia o sensibilidad.»

En *La edad de la inocencia* escrita en 1920, y que mereció el premio Pulitzer, Edith Wharton vuelve sobre el tema preferido con pluma mucho más aguda. Tenía razón Henry James cuando admiraba a la escritora: su diabólica agudeza e ingenio, la calidad de su intención e inteligencia en el estilo y su mirada penetrante.

Esta obra plantea el conflicto tremendo de dos seres que pertenecen por fuerza y costumbre a una comunidad y cuando tratan de salir de ella acarrear un desastre, pues no se puede romper esa solidaridad de clase impunemente. Hay algo inexorable, fatal, en la forma en que el protagonista es atrapado por los lazos de las leyes de su mundo, hay algo verdaderamente terrorífico en la fuerza de las convenciones.

Ni que decir tiene que desde nuestro punto de vista actual los protagonistas de estas obras nos parecen cobardes, incapaces de librarse del medio, de tener un gesto de valentía. Esto mismo hizo que Catherine Mansfield, con toda la enorme admiración que sentía por Edith Wharton y *La edad de la inocencia*, se sintiera ahogada en sus novelas y encontrase el aire irrespirable. Tanto «self control» la sacaba de quicio y pedía que aunque fuese vulgar, alguna vez los protagonistas nos dejaran ver la oscuridad salvaje que hay en el fondo de todas las almas. Pero esta oscuridad pasional y viva es lo que la sociedad mata precisamente con sus ritos y ceremonias. Esto es lo que comprenderá, al final de la novela la joven generación, el hijo del protagonista al ver: «la escondida pesadumbre y la asfixiada memoria de toda una vida inexpresada», pues: «el episodio no era, evidentemente, más que un patético ejemplo de vana frustración, de fuerzas desperdiciadas».

Si *La casa de la alegría* es una magnífica novela, vivida su materia por Edith Wharton en *La edad de la inocencia* la escritora ejercita su arte sobre este mismo material, con mayor economía de medios. Hay una unidad clásica en la construcción y una parquedad técnica admirable.

Esta ordenación expresiva, este dominio del instrumento literario es lo que hace afines a Edith Wharton y Willa Cather, a pesar de la diversidad de los temas y el diferente objetivo de sus novelas.

Ambas, como muchas otras escritoras norteamericanas, son las representantes del bello estilo y la disciplina en el lenguaje, e incluso de una disciplina moral que otros contemporáneos han perdido y no pueden oponer a su sátira.

Con *La casa de la alegría* y *La edad de la inocencia*, Edith Wharton crea un realismo costumbrista histórico que se asienta en el terreno reservado de Washington Square y de la Quinta Avenida y se prolonga hasta la Costa Azul y los lugares de Europa visitados por los cruceros de los viajeros norteamericanos.

Inolvidables serán siempre esas primeras páginas de *La edad de la inocencia*, en que asistimos, guiados por la ironía de la autora, al ceremonial litúrgico de una sociedad que se visita a horas fijas, asiste a bailes de protocolaria etiqueta y se rige por el más estricto código social, cuyas transgresiones tienen un castigo severísimo.

Edith Wharton ha fijado los tipos para siempre, de modo magistral, de los distintos y hieráticos clanes neoyorquinos. No cabe duda de que junto a los problemas de estilo y la técnica de la forma hay un auténtico contenido social. Cuando Edith Wharton repudia el mundo aristocrático de los «happy few», de los cuatrocientos millonarios, ese mundo que ahogaba el espíritu y que era representante de una civilización comercial está haciendo noble novela social. La diferencia es que en vez de escoger una fábrica o un taller ha escogido un salón, esa pequeña porción que ella conocía tan bien.

Con todo, escritores y escritoras norteamericanas tienen una cosa en común: ellos son la voz más pura de todo el país. Para un norteamericano actual, la lectura de sus libros es verdaderamente instructiva, y aleccionadora, pues ellos mantienen viva la llama del espíritu, despiertan la conciencia, avivan la espiritualidad, dan la voz de alarma, son el más destacado reducto de las fuerzas espirituales.

Con Edith Wharton la literatura norteamericana tiene un caso de magisterio ejemplar. Cuando poco después Sinclair Lewis escriba *Calle Mayor* veremos que el escritor no ha hecho más que ampliar el recinto de *La casa de la alegría*. Ahora es una calle de pueblo la que ahoga al protagonista.

El problema de la libertad del individuo es más grave de lo que parecía y no se limita a un estrecho círculo social. Es, precisamente, el problema de la existencia. Edith Wharton ha tratado un problema universal en un determinado espacio, con solución pesimista unas veces y optimista otras. Pesimista para sus protagonistas condenados, optimista para su propia vida liberada, pues ella ha sabido escapar.

Verdaderamente es cierto lo que dice la novelista en *La casa de la alegría*: «La mayoría de los cautivos eran como moscas en una botella, que una vez que han entrado, ya no sabían recobrar la libertad.»

El relato de la batalla perdida contra la influencia del entorno es patético, a pesar de la ironía, sobre todo cuando sabemos que la escritora piensa que su idea del éxito es la libertad personal.

Y las novelas transcurren reiteradamente por la gran arteria de la Quinta Avenida (que para el lector español tiene su equivalencia con el paseo de la Castellana o el paseo del Prado en las novelas de la Restauración), donde el 15 de octubre todos los años comienza la temporada, abriendo las persianas, desplegando las alfombras y colgando las cortinas. Un torrente nocturno de carruajes sube a los barrios elegantes de los alrededores del parque llevando su carga a los teatros, restaurantes y ópera.

El exhibicionismo, entonces, pasa por distinción y la columna de sociedad es la nómina de la fama, así como el crédito social se basa en una inexpugnable cuenta bancaria.

Sólo una mujer novelista podría describir tan certeramente los usos y costumbres de su «pequeña tribu», el ritual de las bodas, las ceremonias del ocio y de la urbanidad, y sobre todo aquellas sutilezas del arte del vestir, de las que citaremos un ejemplo de las aseveraciones de Miss Jackson: «En mi juventud, se consideraba vulgar vestirse a la última moda, y Amy Sillerton siempre dice que la norma de Boston era ocultar dos años los vestidos de París. La anciana Mrs. Baxter Pennilow, que lo hacía todo a lo grande solía importar una docena al año, dos de terciopelo, dos de satén, dos de seda,